

Editorial

Dice el adagio latino *assueta vilescent*, las cosas consabidas son envilecedoras; pero si tal fuere así ¿la vida cotidiana ¿sería lo aburrido, lo ordinario, lo vulgar, lo consabido, lo acostumbrado, lo adocenado de todos los días, la antítesis de la voluntad de aventura, del riesgo, de la novedad, del descubrimiento, de la excitación, del apasionamiento? ¿estaría reñida, en definitiva, la cotidianidad con la vitalidad?

Cuando uno piensa en aquellos personajes cuya vida entera ha sido voluntad de aventura pocas veces repara en personas que apenas si han salido de su casa, apenas han conocido mundo, apenas si han sido gentes de acción. Se imagina más bien héroes románticos, personajes novelescos, mosqueteros alanceadores, legendarios viajeros, donjuanes sempiternos. Pero ¿acaso el bueno de Manuel Kant, que prácticamente no salió nunca de su ciudad natal, Montreal, no asumió con la máxima pasión el destino de una inteligencia emprendedora y descubridora de mundos? ¿es que la vida de una monja contemplativa en la claustral intraprofundidad de un convento no puede resultar apasionante en su misma reiteración circuncrita?

¿No podría ser que la cotidianidad aburriera sobre todo a los que ya son de suyo aburridos, a los incapaces de descubrir en el arpegio de su monótona vida tonos nuevos y armónicos más creativos? ¿y si el turista azacaneado de la Ceca a la Meca no estuviera haciendo con su ir y venir en pos de curiosidades nuevas suministradas por la Agencia de Viajes de la esquina otra cosa que huir de sí mismo, de su ego aburridísimo, roncador, renqueante, y vacío? ¿Y si la plenitud del yo es lo que marca la vida en cada instante, de modo que un yo aburrido lo está hasta en el circo, y un yo pletórico lo es hasta en la modesta repetición de sus gestos siempre los mismos?

El ciudadano de nuestros días dispone en su casa de canales televisivos y divertimentos como nunca en la historia, y el futuro parece que será aún más amenizante gracias a la infotelemática, pero ¿tenemos hoy y tendremos mañana a un ciudadano más interesante? En la sociedad del trabajo desbordado, la diversión estupefaciente y la realidad virtual ¿la gente habrá crecido en voluntad de aventura? Probablemente sin un *yo quiero* tenso y capaz de grandes gestos diarios no tendremos sociedad civil, sino meras masas cada vez más distraídas por payasos y más amenizadas por Marujas y por Marujos, masas espiritualmente en precario.

Todo lo dicho no obsta para que reconozcamos que una cotidianidad sin oportunidades de creatividad, uncida a la máquina alienante en el trabajo, al egoísmo en el matrimonio, al mecanicismo existencial en suma, puede llegar a ser muy dura, y habrá que cambiar la persona y la sociedad para evitar cotidianidades en las cuales vivir día a día no signifique a la vez vivir intensamente. Algunos de los quejicas de las dificultades de su cotidianidad echan piedras sobre el tejado ajeno de su matrimonio de baja calidad porque su esposo/a le aburren ya. Una vez que han visto lo que hay, miopes incapaces de descubrir lo invisible en lo visto, se decepcionan: su pobre empirismo no da más de sí, actuando como el cojo que echa la culpa de su cojera al empedrado. Pocos experimentan que hay más alegría, ingenio, creatividad e inteligencia en redescubrir las aventuras de lo cotidiano que en dejarse alelar momentáneamente por el advenedizo de turno con un vértigo que durará menos que una mariposa, para lo mismo repetir mañana. De exaltación-decepción en exaltación-decepción se mueve histérica y epilépticamente quien no supo tener paciencia y amor aquí ahora. **A**